

no poseían el documento mas auténtico de la verdad y sinceridad de su reconciliacion, el cual no se publicó hasta el 1753. Consiste éste en una carta del cardenal de Noailles al de Quirini, en la que bajo la fecha de 21 de Marzo, es decir, posteriormente á todas las datas que adoptaron los impostores para autorizar su calumnia, daba el arzobispo á su cólega las pruebas mas incontestables de su perfecta sumision y obediencia al Soberano Pontífice, y de su perseverancia hasta el fin ⁽¹⁾. En vista de este documento no se puede ya dudar de que murió Noailles en el seno de la Iglesia católica.

29. No obstante las divisiones intestinas de los cismáticos de Holanda, se empeñó el pretendido arzobispo de Utrecht en estender el partido y la jurisdiccion de su falso episcopado. Propagandista hasta el esceso como todos los gefes de secta, trataba de imponer leyes y hacer adoptar la heregía y el cisma á todas las iglesias separadas de Roma. Prueba de ello, entre otras, es la mision y los extravagantes poderes que dió Barchman á un presbítero á quien envió á Rusia en este mismo año. Este misionero era Jubé, sacerdote apelante y uno de los agentes mas activos de los jansenistas. Siendo cura de Anieres se habia señalado de concierto con Petitpiéd por innovaciones y singularidades estrañas en los oficios y aun en la celebracion de la misa. Viajó por diferentes provincias de Europa para adquirir partidarios; pero su mas importante mision es ésta de que tratamos. El proyecto de la mision á Rusia y de la reunion de esta iglesia con la romana no era una invencion nueva, pues

(1) *Teotim. Eupist. retract. exem. c. 6.*

habíanse hecho ya algunas tentativas bajo la regencia de Francia, cuando el Czar Pedro I viajó á París. Muchos doctores de la Sorbona, á cuya cabeza estaba Boursier, habian formado una memoria que fue enviada á Rusia y comunicada á los obispos del país; pero pidiendo éstos en su contestacion un concilio general y conferencias públicas, quedó el proyecto sin efecto alguno. Era contrario á la reunion el arzobispo de Novogorod, y Dios no permitió que se obrase por medio de agentes, que no hubieran hecho otra cosa que inducir á los rusos á mudar de error, cuidando mas de atraerlos al partido que de someterlos á la santa Sede. Boursier y los suyos que turbaban la iglesia de Francia con sus intrigas, eran malos apóstoles para predicar la union. Volvieron sin embargo á entablar su proyecto en 1728, y se aprovecharon á este fin del viage que debia hacer á Rusia el presbítero Jubé en compañía de la Princesa Dolgoroucki, á quien Barchman se lo habia dado por confesor. Doce doctores de la Sorbona, todos apelantes, enviaron á Jubé una memoria que contenia las instrucciones y plenos poderes para tratar y concluir la reunion.

Pero la pieza mas curiosa en este asunto son los poderes que concedió al misionero el arzobispo de los jansenistas en Utrecht. Autorízale en ellos para egercer las funciones sacerdotales y pastorales do quiera que hallase pastores, para absolver, dispensar, bendecir, consagrar, aprobar, enviar y revocar los presbíteros, establecer preladados y hacer todas las demás funciones eclesiásticas: y le da, dice, estos poderes *en virtud de la sólida porcion del único episcopado esparcido por toda la tierra de*

que él se halla revestido, y que le obliga á procurar la salud de las almas en todas partes en que falte el ministerio episcopal. Dificilmente se podrá encontrar en toda la historia de las sectas y heregias antiguas y modernas un hecho mas extravagante, y que suponga mas orgullo é ignorancia que estos poderes. No faltaba á Barchman sino el poder de darlos. ¿Y qué diremos de aquel *in solidum episcopale*, que le obliga, segun él dice, á enviar misioneros por todas partes? Ni los antiguos arzobispos de Constantinopla con su pomposo título de patriarcas ecuménicos llegaron á tal extremo de locura y soberbia: estaba éste reservado al miserable y falso obispo del rincón de Utrecht. Mas omitamos las observaciones que pudiesen hacerse sobre estos poderes, cuya petulancia y nulidad son de todo punto manifiestas, y veamos qué efecto produjeron.

Jubé, que sin duda hacia mas caso de la mision de Barchman que de las misiones de todos los Papas juntos, emprendió inmediatamente el viage para Rusia. Habiendo sabido en el camino la retractacion y arrepentimiento del cardenal de Noailles, renovó su apelacion para atraerse (así lo decia el blasfemo) las gracias de Dios sobre sus trabajos. Llegado á Rusia halló grandes socorros y un apoyo sin igual en el crédito de la casa Dolgoroucki; pero lo mas necesario era ganar á los obispos. Mostrábanse algunos de éstos bien intencionados; mas el arzobispo de Novogorod, presidente del sínodo y muy acreditado en la córte, estaba en disposiciones totalmente contrarias. Tal era el estado de las cosas cuando una nueva revolucion del imperio hizo desvanecer

todos los proyectos. Habiendo muerto el Emperador Pedro II en 1730, y sucedídole en el trono la Emperatriz Ana, cayó de su antiguo crédito y privanza la casa Dolgoroucki, y la protectora de Jubé, despues de muy malos tratamientos, volvió á abrazar la religion del país. Los obispos sobre quienes se contaba fueron desterrados ó depuestos, y Jubé, despues de haber estado oculto algun tiempo, se vió en la precision de tomar la fuga, regresando á Holanda y desde allí á Paris, donde murió en su obstinacion.

30. La iglesia de Rusia, separada como la de Grecia del centro de la unidad católica, presentaba entonces, y presenta aun en nuestros dias, un estado diferente de todas las demás iglesias cismáticas. Aunque fue en su principio una provincia del patriarcado griego, sucedió lo que necesariamente debe suceder á toda iglesia no católica; esto es, que por la sola fuerza de las cosas vino á parar en no depender mas que de su Soberano temporal. No se debe, pues, confundir la iglesia rusa con la griega, pues no es mas griega que copta ó armenia. Es la única en el mundo cristiano no menos estraña al Papa, á quien desconoce, aunque en su liturgia repite los testimonios y elógios mas magníficos de la supremacía pontificia (1), que al patriarca griego separado, quien pasaria por un insensato si se atreviese á enviar cualquiera órden á San Petersburgo. Ha desaparecido para los rusos hasta la sombra misma de toda coordinacion religiosa con el patriarca; y así la iglesia de este gran

(1) *Mineia. Mesatchnaia. Prolog. Trio Dpostnaia etc. passim.*

pueblo, enteramente aislada, ni aun tiene un gefe espiritual que sea conocido. Se dice que egerce la primera autoridad la asamblea de los prelados, llamada el santo sínodo: pero en este cuerpo no se vé mas que un consistorio nacional perfeccionado por la presencia de un representante civil del Príncipe, que egerce precisamente sobre este senado eclesiástico la misma supremacía que tiene el Soberano sobre la iglesia del país en general. Sus divisiones intestinas, la multiplicacion de sectas y partidos y la constante oposicion al centro de la unidad, hicieron la iglesia rusa la mas parecida á las iglesias protestantes, á cuyas doctrinas manifestaron tambien muchos prelados rusos una gran tendencia desde principios del siglo diez y ocho.

31. El aspecto que presentaban las misiones de oriente en el pontificado de Benedicto XIII no era mas que una continuacion de lo ocurrido en tiempo de los inmediatos predecesores de este Papa. En medio del fervor y de los trabajos y peligros que continuamente acompañaban á los ministros de la religion en aquellos inmensos países del Asia, seguian aun tan empeñadas como antes las disensiones y disputas entre los jesuitas y los demás misioneros. Los decretos de los últimos visitadores apostólicos eran poco ó nada obedecidos por los defensores de las ceremonias, á pesar de todas las reclamaciones del obispo Mr. Visselou, encargado como vimos de vigilar sobre su observancia. No obstante, la misericordia de Dios que se derramaba á manos llenas sobre aquellos pueblos, hacia triunfar la religion de todos los defectos de algunos de sus ministros; y la fe

continuaba dilatándose en Siam, Malabar y demás provincias orientales.

32. Entretanto, animado el Soberano Pontífice de su ferviente celo por la pureza de la religion y por la salud de las almas, confirmó de nuevo con los términos mas espesos las sábias reglas que habia publicado en Pondicheri el cardenal de Tournon. El breve pontificio espedido en 12 de Diciembre de 1727 recomienda vivamente á los misioneros apostólicos y á los prelados de la India que tengan siempre presentes las santas leyes del Evangelio, y que las practiquen sin cesar egerciendo su ministerio en favor de todos los ignorantes de cualquiera condicion que sean. „Para cumplir con los deberes de nuestra solicitud pastoral, dice el Santo Pontífice; para sofocar todas las controversias y para hacer que se procure unánimemente y con mayor facilidad la salud de las almas; á fin tambien de que nadie pueda sospechar que nuestro silencio disminuya ó perjudique en alguna manera las órdenes y declaraciones de nuestro predecesor Clemente XI, siguiendo su egeemplo, con toda nuestra autoridad confirmamos los decretos del patriarca de Antioquia, cardenal de Tournon; mandamos y exigimos que sean obedecidos y observados inviolablemente por todos los misioneros y los fieles; é igualmente que se cumpla lo mandado acerca de la administracion de los sacramentos á los moribundos, aunque sean de las ínfimas clases de la nacion. Habíase en efecto introducido en aquella cristiandad naciente la estraña costumbre, contraria á todas las ideas y principios de la verdadera religion, por la que se pretendia, para no

ofender la falsa delicadeza de los neófitos, que la mano que administraba los sacramentos á los fieles de baja esfera, no debía administrarlos á los que pertenecian á las clases nobles. ¿No era esto ofender y ultrajar abiertamente á nuestro Dios, en quien no tiene lugar la aceptación de personas, y para quien no hay distincion de libres ni esclavos? Los ministros del Evangelio que observaban esta conducta, combatian los primeros principios del cristianismo y la humildad tan recomendada con las palabras y el ejemplo de su divino Fundador. Estas acusaciones con que se cargaron los jesuitas por su empeño en defender y trasladar á la iglesia cristiana algunos usos de aquellos pueblos idólatras, esparcidas posteriormente en Europa, contribuyeron en gran manera á su desgracia. Costó trabajo á los demás misioneros reducir la soberbia y obstinacion de los nobles indios, que no sabian acomodarse á la humilde simplicidad del Evangelio; mas si Benedicto XIII no logró ver cumplidos en esta parte todos sus deseos, tuvo al menos el consuelo de recibir algunas cartas y regalos del Emperador de la China. En este vasto imperio se hallaban los cristianos en el mayor apuro, amenazados continuamente de la persecucion que estalló por fin, como diremos en su lugar. Sin embargo, los cristianos se mantuvieron firmes y conservaron la fe en medio de los peligros y malos tratamientos.

33. Mayores aun que los de levante eran los progresos que hacia el cristianismo en las misiones de Africa y en los inmensos países de América. Consolidado el trono español despues de los horrorosos vaivenes que sufrió

en los principios de este siglo, y asentado sobre las bases incontrastables de la victoria y de la prudencia, pudo el grande ánimo de Felipe V estender sus miradas paternales hácia aquellos remotos países, y aumentar en ellos los bienes de la paz y de la verdadera civilizacion, proporcionándoles los mas dignos ministros de la Religion de Jesucristo y gefes hábiles que los supieron preservar y defender de todas las asechanzas enemigas. Sin embargo, mientras que esta perspectiva de las nuevas conquistas del Evangelio ofrecia motivos de consolacion al Padre comun de los fieles, no podia Benedicto XIII gozar tranquilamente de ella en vista de las pretensiones arriesgadas que dividian y agitaban entre sí á los Príncipes cristianos, y del estado en cierto modo amenazador que presentaba la Europa. Los anteriores tratados de Utrecht, de la cuádruple alianza, de Passarowitz, de Radstat y de Viena, fundados principalmente en las mútuas cesiones que hicieron entre sí las potencias por el amor de la paz, no eran seguramente los mas á propósito para cimentarla y hacerla duradera. Cada una de las partes conservaba el afecto á las posesiones cedidas, y era de temer que tratase de recuperarlas en la primera ocasion que se le ofreciese, escitando con ello nuevas luchas y combates. Veremos en efecto muy pronto reencendida la guerra en Italia, en el Norte, en las estremidades de España y hasta en los mares y puertos de América. Por otra parte, el advenimiento del duque electoral de Hanover al trono de Inglaterra, las disensiones intestinas de Polonia y el reconocimiento de Federico I en Rey de Prusia hecho contra la voluntad del

romano Pontífice y del gran maestro del órden teutónico, habian proporcionado algunas ventajas á los protestantes. Finalmente, las interminables maquinaciones de los jansenistas de Francia, y los rápidos progresos que sórdamente iban haciendo las doctrinas impías que comenzaron á circular bajo la regencia del duque de Orleans, añadian nuevos y mayores motivos de angustias, y presentaban un porvenir lamentable á los penetrantes ojos del Sumo Pontífice y de todos los verdaderos fieles.

34. Pero insistiendo sienpre Benedicto XIII en oponerse de todos modos á los tiros de la impiedad y en aumentar el brillo de la Religion, propuso en este mismo año á los ministros de ella un modelo perfecto de fidelidad, sabiduría y observancia de las leyes eclesiásticas, exaltando al último grado de honor al beato Juan de Nepomuck. Habia sido éste venerado constantemente en Bohemia desde el momento mismo de su martirio; mas no existia aun decreto alguno solemne de la santa Sede que publicase y canonizase sus virtudes. Llamaron éstas la atencion de Benedicto, y deseoso de coronar los sublimes méritos del proto-mártir de la confesion sacramental, envió á Bohemia algunos jueces autorizados para reconocer las acciones, el martirio y los milagros que se obraban en su sepulcro; y en vista de ellos pronunció solemnemente el decreto de canonizacion y espidió su bula en 19 de Marzo de 1729.

35. Nueve dias antes, esto es, á 10 del mismo Marzo, murió en París otro sacerdote venerable por sus virtudes y por su incontrastable adhesion á la Silla apostólica. Simon Gourdan, canónigo regular de San Víctor de

París habia nacido en aquella capital el 24 de Marzo de 1646, y anunció desde muy niño un gusto muy decidido por la virtud. Entró en la abadía de San Víctor en 1661, donde hizo grandes progresos en la perfeccion á pesar del estado en que se encontraba aquella comunidad religiosa tan decaida de su primitivo fervor. Habíalo apercebido Gourdan, pero este conocimiento, léjos de abatirle, escitó en él un nuevo celo y un propósito eficazísimo de oponerse á la relajacion y al error. Instruyóse á fondo de lo que la regla exigia de él, y no contento con observarla en todo su rigor, añadió á ella las prácticas que hacian su vida mas austera que la de un monge de la Trapa, en cuya escuela empleó una parte de su juventud, estendiendo su espíritu y formando con los discípulos de Rancé las estrechas conexiones que conservó toda su vida. A los egercicios de la mortificacion corporal juntaba las virtudes interiores que la hacen útil, humildad profunda, desprendimiento total de las cosas de la tierra, íntima union con Dios y un grande atractivo por la oracion y el rezo. Difundióse muy pronto su reputacion fuera del monasterio de San Víctor; ansiaban todos por verle y oírle hablar de Dios y tener parte en sus oraciones. Se creia generalmente que penetraba con luz sobrenatural las cosas mas ocultas, y se asegura que en muchas ocasiones anunció ó predijo lo que no habia podido saber sino por inspiracion divina. Mas sea lo que se quiera de este privilegio que puede muy bien no creerse á ciegas aunque no debe negarse precipitadamente, pues no se ha encogido la mano de Dios, lo cierto es que los consejos del padre Gourdan eran mirados como

oráculos, y la voz pública le proclamaba como un Santo cuando el jansenismo vino á turbar la paz de la iglesia de Francia. Un religioso tan humilde, tan sumiso y tan adelantado en todo género de perfeccion, no podia balancear sobre el partido que debía escoger. Luego que supo que la Iglesia habia hablado, esplicóse altamente en favor de su decision, y vió con grande sentimiento á la mayoría de los religiosos de su comunidad adherirse á la apelacion de los cuatro obispos. Creyó que no debía callar, formó en cuatro ocasiones diferentes otras tantas protestaciones contra los procedimientos de sus hermanos, publicándolas por escrito, en las que da cuenta de sus razones y prueba la sumision debida á la Iglesia, y dirigió carta sobre carta al cardenal de Noailles y á otros prelados interpelando su autoridad y sus luces. Mas sus enemigos, que eran los de la Iglesia, ridiculizaron todas sus operaciones, y viendo el padre Gourdan que sus esfuerzos quedaban sin efecto, recurrió á la oracion y se dedicó enteramente á los ejercicios de piedad y de penitencia. Antes de morir tuvo la satisfaccion de ver al cardenal de Noailles retractar su apelacion y llamar con su ejemplo á otros refractarios al centro de la unidad. Al principio de 1729 se halló el canónigo de San Víctor estremadamente debilitado; habíale reducido su vida austera á un estado de languidez casi mortal, la que sin embargo no le impedía asistir noche y dia á los divinos oficios y continuar sus abstinencias. Murió el 10 de Marzo sin haber recibido el santo viático, porque no quiso que se lo administrase su prior apelante, y éste no consintió que hiciese otro la ceremonia. Su muerte no fue

mirada sino como un paso á mejor vida; y en el momento en que se esparció su noticia, concurrió una multitud inmensa á honrarle sobre su tumba porfiando todos por adquirir alguna reliquia. Se le han atribuido tambien milagros; y muchos han creído que fue una providencia especial el que su vida santa y su muerte preciosa concuriesen con la vida y muerte de un hombre que no habia tomado, como el padre Gourdan, el partido de la sumision á la Iglesia, y cuyo sepulcro se pretendia estar ilustrado con milagros cuya ridiculéz y falsedad veremos luego. No es, pues, fuera de propósito el pensar que Dios quiso oponer por medio de Gourdan la verdad á la impostura, y la santidad verdadera que no se halla sino en la sumision á la autoridad legitima, á la pretendida santidad de un hombre de partido y de un refractario obstinado como el diácono París.

36. Eran pasados solos tres meses despues de la muerte del cardenal de Noailles, cuando Mr. Carlos de Vintimille, antes arzobispo de Aix, fue trasladado á la Silla de París. Mas apenas entró en su nueva diócesi, sintió todo el peso que aquel honor imponia sobre sus hombros; pues aun sin hacer mencion de las frecuentes agitaciones que por mas de siglo y medio turbaron la paz de aquella iglesia como la de otras muchas de Francia, sin calcular la ardiente fermentacion que tuvo lugar desde la publicacion de la bula *Unigenitus*, la sola resistencia sostenida por su predecesor por espacio de diez años era mas que suficiente para hacer mirar como una carga insoportable el estado inquieto y turbulento del arzobispado de París. Conoció Mr. de Vintimille que se